

Don Jacinto Vera: la gracia de la beatificación

Carta pastoral del Card. Daniel Sturla sdb, arzobispo de
Montevideo, del 28 de mayo de 2023

1. El acontecimiento anhelado

Desde que Juan Zorrilla de San Martín proclamara «el santo ha muerto» en los funerales de don Jacinto en nuestra Iglesia Matriz, han transcurrido 142 años. Han pasado generaciones de católicos uruguayos que anhelaron este acontecimiento que nos ha tocado a nosotros vivir, es un regalo de Dios a nuestra generación católica.

Cuando el 24 de febrero hicimos el reconocimiento canónico de los restos de don Jacinto, los que tuvimos el gozo de participar, éramos conscientes que teníamos una responsabilidad histórica en la que representábamos a muchos que nos precedieron y a otros tantos que hoy forman parte de esta querida Iglesia en el Uruguay. Somos herederos de una rica historia con cientos de hombres y mujeres, niños y niñas, jóvenes y adultos, que han dado testimonio de Cristo con sus vidas y de tantos que hoy siguen haciendo presente al Señor y a su Iglesia en los más variados ámbitos de nuestra sociedad.

Hoy todos nosotros, Iglesia que peregrina en Montevideo, en Uruguay, estamos llamados a no esconder la lámpara sino a ponerla en el candelero.

2. La gratitud a tantos

El acontecimiento vivido el 6 de mayo con la celebración de la beatificación de don Jacinto ha sido una gracia impresionante que ha requerido, a su vez, un trabajo de muchísima gente que ha donado tiempo, energías, esfuerzo.

No podemos dejar de recordar a los pioneros que iniciaron la causa de beatificación: el P. Faustino Salaverry sj y la Congregación Mayor del Colegio Semi-

nario que en 1930 comenzaron la recolección de firmas para realizar la petición al arzobispo de Montevideo del inicio de la causa. Mons. Aragone, el 26 de julio de 1930, la acogió favorablemente y dio los siguientes pasos para encamirla: su inscripción en Roma en 1935 con el nombramiento de un primer postulador y la institución del Tribunal Eclesiástico en Montevideo que recogió los testimonios acerca de la vida y virtudes de don Jacinto. Fue destacado el trabajo del primer vicepostulador el Pbro. Martín Héctor Tasende. En 1942 los documentos de la causa fueron remitidos a Roma. Sigue un largo período donde no hubo avances significativos, pero acercándose la fecha del centenario de su muerte, se retoman los trabajos, se forma una comisión que tiene a Mons. Nicolini como presidente y se prepara así el centenario de la muerte del Siervo de Dios con distintas actividades y propuestas. Sabemos que luego el impulso fundamental lo da Mons. Gottardi cuando le pide, al entonces Pbro. Alberto Sanguinetti, la redacción de la *positio*. Este monumental trabajo de recopilación de documentos y de escribir una biografía documentada fue fundamental. Después de presentada ésta en Roma se fueron dando los pasos decisivos, la declaración de la venerabilidad el 6 de mayo de 2015 y finalmente la aprobación del milagro obtenido por intercesión de don Jacinto el 17 de diciembre de 2022.

Son muchos los nombres de quienes han trabajado para difundir la vida y la obra de don Jacinto: el P. Lorenzo Pons, el P. Faustino Salaverry sj, Rafael Algorta Camusso, el P. Juan J. Villegas sj, el Pbro. Enrique Passadore, el P. Francisco Pose sdb, José Pedro André, la Dra. Laura Álvarez Goyoaga, la Hna. Beatriz Torrendell, el P. Gabriel González Merlano y recientemente el Pbro. Gonzalo Abadie. También quienes han sido postuladores o vicepostuladores de la causa, entre otros el Pbro. Juan Silveira y el Pbro. Juan González y el postulador actual en Roma Fray Carlo Calloni ofm cap.

La gratitud también a quienes han trabajado en este tiempo para poder llevar a cabo todas las acciones emprendidas para que la figura del beato sea conocida y amada, para que las actividades que se propusieron fueran realizadas y para que la celebración de la beatificación fuera digna y bella. Al final hago un elenco de las diversas actividades realizadas.

Es destacable la presencia del presidente de la república, la vicepresidente, dos expresidentes, ministros, legisladores, representantes de la comunidad judía y otras autoridades que, con su participación, manifestaron la importancia del evento para el país.

3. La alegría en el Espíritu, signo de Dios

Al terminar la celebración del 6 de mayo lo que se percibió y se expresaba era la felicidad de la gente que había participado. Había una alegría espiritual contagiosa. El cielo se abrió literalmente, en medio de las nubes y lloviznas, en el momento justo del rito de la beatificación, fue ciertamente un signo de que el cielo se abría derramando la gracia del Espíritu Santo que nos estaba confirmando en la fe y en la alegría de la fe.

Muchísimos testimonios orales escuchados al final de la celebración, incluyendo el de los cardenales Paulo Cesar Costa, legado pontificio, y Mario Aurelio Poli, arzobispo de Buenos Aires, y del postulador Fray Carlo Calloni ofm cap, confirman esta afirmación, y a lo largo de los días, por escrito, fuimos recibiendo muchos mensajes. Recojo algunos:

;;;Agradezco a Dios y a ustedes por haber podido vivir desde la tribuna la alegría y devoción de todos los presentes, grandes, chicos, tan distintos y todos unidos, sin importar la lluvia, sintiendo la presencia de Dios y de Jacinto!!!

Fue un momento muy fuerte de Iglesia, de comunidad y de bendición para todo el país.

;;;Qué jornada espectacular vivimos ayer!!! ;;;Todos seguramente volvimos con el corazón ardiente!!! ;;;Muchas gracias por todo!!!

Felicitaciones. Fue un exitazo, gol al ángulo. Hay esperanza, ;;;la Iglesia uruguayaya está viva!!!

Me ha encantado, he disfrutado mucho. Doy gracias a Dios por haberme permitido vivir este acontecimiento aquí, en Uruguay, en directo. Muchas gracias. Bendiciones.

Quiero decirte que hoy se produjo un hecho removedor para la Iglesia de nuestro país.

No hay palabras. ;;;Que alegría había en todos!!!... ¡Bocanada de oxígeno a los ánimos y almas de todo el país!

Fue todo maravilloso, emocionante y lleno de Espíritu de Dios. La lluvia... una anécdota. Gracias por todo lo vivido.

Lo de ayer, caricia al alma, ;;;vale la pena!!! Abrazo.

;;;Qué maravilla!!! Días de fiesta hemos vivido con la beatificación. Ni el tiempo empañó la fiesta.

¡¡¡Muy conmovedor todo!!! No hay palabras. Gracias Señor. Gracias Jacinto. Gracias por todo.

Era tanta la alegría, que, aunque llovía, no nos mojábamos.

Estos testimonios, entre muchos otros, nos dicen que el 6 de mayo vivimos un acontecimiento del Espíritu Santo. Hemos sido confirmados en la fe. Ha sido una caricia de Dios para nuestro pueblo creyente, lo vivimos como un llamado renovado a ser dignos de esa herencia que recibimos de don Jacinto y a través de él de los mismos apóstoles Felipe y Santiago que dan nombre a nuestra ciudad y que son nuestros patronos. Ellos nos invitan a mirar a Jesús.

Si la marca del demonio es la tristeza amarga que se manifiesta en la pesadumbre quejosa que muchas veces nos invade, la huella del Espíritu es esta alegría de corazón que nos confirma en la fe, nos alienta a la misión, nos hace experimentar que somos el pueblo de Dios que camina, nos renueva en el seguimiento de Cristo.

4. Aprendiendo de Don Jacinto

El 16 de marzo en la Facultad de Teología se realizó un acto académico sobre Mons. Vera donde escuchamos tres ponencias de los Dres. Juan José de Arteaga, Mario Cayota y Alberto Sanguinetti. Con la simpatía que lo caracterizaba Mario Cayota dijo que, por su edad, quizás sería su última intervención pública, así que se tomaba alguna licencia en cuanto al tiempo de su exposición. Como sabemos el 3 de mayo, día de nuestros Santos Patronos, el Señor llamó a su presencia a Mario que integraba la Comisión Jacinto Vera creada el año pasado. Mario ha sido uno de los laicos más destacados en estos años. La hermosa exposición que realizó en la facultad fue una feliz coronación de su servicio a la Iglesia. En ella invitó a sus oyentes a un encuentro con don Jacinto, a un abordaje no académico, sino existencial, coloquial, en el que fue subrayando siete aspectos de su vida. Me inspiró en la reflexión que hizo Mario (le pedí me la diera por escrito) y a partir de ella también yo realizo algunos subrayados propios, pero sólo los enuncio, me parece que con ellos ha marcado Jacinto al clero y a nuestra Iglesia y son algunas de las grandes enseñanzas de Jacinto.

4.1. Jacinto nos enseña la cercanía con la gente

Fue esta una de sus características desde siempre y que creo marca a fuego a nuestra Iglesia en el Uruguay. Jacinto fue el mismo hombre campechano, cercano, cordial con todos, tanto desde su curato en Canelones como luego como vicario apostólico y obispo. Es ésta una característica de nuestra Iglesia. No tenemos muchas vueltas, no nos “mandamos la parte” la Iglesia está presente desde hace casi 400 años sobre este suelo, amando y sirviendo, siendo pionera en el servicio a los que sufren y anunciando con sencillez y coraje a Cristo. Hace mucho que no tenemos privilegios sino los que merecemos, como dice la constitución nacional, por “nuestros talentos y virtudes”.

4.2. Jacinto nos enseña la confianza en la providencia y el buen humor

Su secretario y ecónomo durante muchos años fue el P. Francisco Castelló. Éste sufría porque era común que no quedara nada de dinero en la casa y, a veces, ni siquiera para comer, pero Jacinto confiaba en la Providencia y hacía bromas. Su cordialidad era apreciada por todos. Mantenía la calma, la serenidad en medio de la tormenta, sabía de quién se fiaba. Esta confianza audaz ha caracterizado a lo mejor de nuestra gente, laicos, religiosos, sacerdotes que se han puesto al hombro tareas y obras que superaban sus capacidades pero que las han llevado adelante con la confianza puesta en la Providencia de Dios. Así nuestra Iglesia pobre, abriéndose camino, ha podido realizar, y continúa realizando, un bien inmenso en un amplísimo abanico de instituciones y servicios. Esta confianza suele ir acompañada, en los hombres y mujeres de Dios, por una cuota de buen humor, de mirada sanamente realista sobre las personas y los acontecimientos.

4.3. Jacinto nos enseña la cercanía a los pobres

Sin estridencias, por simple y sencilla convicción evangélica, ellos eran sus preferidos y a ellos se volcó su generosidad. Él era austero en su vida y en sus costumbres. Se cuenta que su madre en la época del curato en Canelones se quejaba de que la ropa que le entregaba a su hijo poco le duraba porque se la daba a los pobres. Cuando la epidemia de cólera de 1868 creó la “Comisión de socorro a los pobres” que él supervisó directamente. Apoyó decididamente la fundación de las conferencias vicentinas y era proverbial en Montevideo su generosidad. En la carta que el ministro de Defensa escribió a su muerte al presidente del Club Católico se dice: «Más de una vez visitó el humilde hogar de nuestros pobres

veteranos, llevando a sus esposas e hijitos no tan solo el consuelo del alma sino también el alivio a sus necesidades, que con mano caritativa les prodigaba». Pienso en tantos que en nuestra Iglesia han seguido sus huellas como el siervo de Dios Padre Cacho. Tantos que hoy en los barrios más humildes están presentes con su vida de cura de barrio, otros con obras sociales o educativas, laicos que salen de noche a dar de comer a la gente en situación de calle, jóvenes que en los oratorios o merenderos hacen su experiencia de servicio.

4.4. Jacinto nos enseña a ser constructores de paz

Jacinto recién ordenado llega a la parroquia de Canelones en un Uruguay dividido, era la época de la Guerra Grande, blancos contra colorados, federales contra unitarios, tiempos de intervención extranjera y de una independencia débil que todavía parecía pender de un hilo. Después de la Guerra Grande y hasta su muerte en el período militarista conocerá también los horrores de otros enfrentamientos y guerras civiles, con algunas de las tragedias emblemáticas de nuestra historia: la “hecatombe de Quinteros” y la “defensa de Paysandú”. En medio de ese Uruguay ensangrentado Jacinto se mantendrá al margen de compromisos partidarios pero cercano a la gente que sufría, del bando que fuera. En barco, junto con un grupo de hermanas del Huerto, va a Paysandú a atender a los heridos del sitio y se termina instalando en una isla que pasará a llamarse desde entonces isla de la Caridad. Cuando la Revolución de las Lanzas intentará una mediación conversando con el presidente Lorenzo Batlle y con el revolucionario Timoteo Aparicio. En el conflicto eclesiástico de 1861-63 se enfrenta con valentía a su amigo presidente Bernardo Berro y, al regresar del exilio, solo espera poderse encontrar con él dejando de lado las desavenencias. Perdona a los sacerdotes que le han hecho varias jugadas contrarias o incluso que lo traicionaron, no da lugar al rencor, sino al perdón. Hoy nos encontramos en una situación de paz y libertad y de democracia consolidada, pero la sombra de las heridas del pasado reciente y la dureza de los enfrentamientos políticos actuales nos ponen también ante la necesidad de ser factores de paz, defensores de la verdad y la justicia, pero también promotores del perdón y la reconciliación, del diálogo entre los orientales. Es notorio actualmente, en los encuentros de presbiterio, y deseo que sea en todo ámbito eclesial, una experiencia de fraternidad que supera las diferencias que existen de mentalidad o de estilos.

4.5. Jacinto nos enseña a acudir a la fuente del amor

Cuando volvió a Montevideo de su penúltima misión que se realizó en el Tala, departamento de Canelones, el diario *El Bien Público*, una de las tantas empresas católicas que lo tuvo como protagonista, enumeraba la abundante cosecha de frutos espirituales obtenida, «Más de dos mil comuniones, un número considerable de uniones ilícitas consagradas por su celo incansable, los sacramentos de la Penitencia y de la Confirmación prodigados en esa temporada, reconciliaciones, regeneraciones» y concluía diciendo: «tal era el botín recogido en su última campaña de amor». De eso se trata la vida de todo santo, de hacer de la propia vida una campaña de amor, sea en el ámbito familiar, social o eclesial. Vivir en una continua campaña de amor. Este amor sabemos que tiene su fuente en el corazón de Cristo. En 1875, año santo en la Iglesia universal, Mons. Jacinto Vera consagra el Uruguay al Sagrado Corazón de Jesús. En la carta pastoral motivando la consagración, escribe:

Necesario es que acudamos a Aquel que es fuente inagotable de infinitas misericordias, Aquel de cuyo Corazón Santísimo nació la Esposa Inmaculada del Cordero, la Iglesia santa, pidiéndole acelere la hora del triunfo de esa misma Iglesia; que será a la vez el triunfo de aquel Divino Corazón en los corazones de todos los hombres. A ese Corazón santísimo centro y volcán del más puro amor, es a quien debemos de una manera especial volver nuestros ojos poniendo en él nuestra esperanza, en estos momentos de prueba.

Hoy muchos jóvenes han redescubierto la vida de piedad eucarística, la reconciliación, el santo rosario, y lo viven desde sus características, unido a un fuerte compromiso misionero.

4.6. Jacinto nos enseña a ser baqueanos

Siendo cura en Canelones hay una anécdota que lo pinta de cuerpo entero, lo vienen a buscar de noche para ir a ver a un enfermo que está lejos, deben ir a caballo y atravesar un monte, pero el que lo guiaba termina perdido y haciéndolos dar vueltas, Jacinto pasa a ser el conductor y encuentra el rumbo en medio de la noche y de la espesura del bosque. Este ser baqueano de don Jacinto, propio del hombre de campo que sabe orientarse, no se queda sólo en el ámbito geográfico, sino que será capaz de orientarse y guiar a la Iglesia en las vicisitudes complejas de su época. Él es guía, conductor, y no se deja marear por los halagos ni vencer por las oposiciones, ya en las dificultades para su nombramiento de

vicario apostólico, escribía a su amigo el P. Domingo Ereño refiriéndose a él en tercera persona: «el P. Vera, aunque campesino y pobre hombre, no sabe hacerse juguete de los señores de altura». Baqueano para encaminarse y encaminar a la Iglesia hacia tiempos de mayor libertad del poder civil y capaz de realizaciones en medio de las dificultades que aquí y allá iban surgiendo, es capaz de superar las adversidades y frente a una intelectualidad que se hace opositora de la Iglesia y a una sociedad que comienza a secularizarse, guía a la Iglesia y crea instrumentos necesarios para el combate: Club Católico, El Bien Público. No se pierde en el monte, busca y encuentra el claro donde orientarse y la meta hacia la cuál encaminarse en fidelidad al evangelio.

4.7. Jacinto ante todo nos enseña a ser misioneros

Es éste, quién lo duda, su gran legado y su característica más saliente. No se quedó tranquilo en su despacho, y tampoco en el ámbito cercano de Montevideo, recorrió el país, predicó, bautizó mucho y más aún, confesó, confirmó, regularizó situaciones familiares, visitó a los enfermos y a los presos, hizo kilómetros y kilómetros en busca de las ovejas de su rebaño sin achicarse frente a las dificultades del camino ni a las de quienes lo rechazaban. Finalmente el Señor lo llama en plena misión, en Pan de Azúcar, donde se reencuentra con sus raíces, así se lo hace saber a quienes lo escuchan en su última predicación: «En estas inmediateces me he criado y pasé mi niñez como ustedes; como ustedes he sido campesino, y he trabajado como ustedes trabajan. Ya pueden, entonces, imaginarse con cuánta satisfacción bendeciré sus vidas y sus trabajos». Como se dice de otro santo obispo, Francisco de Sales, a imitación de san Pablo, se hizo «todo para todos» (1 Co 9,22), acercándose a la gente en su situación, en los entretrechos de su vida cotidiana para poder allí llevar a Dios, su bendición, su salvación. Quisiera profundizar brevemente en este aspecto misionero de su vida.

5. De la misión en una cultura de cristiandad floja que se secularizaba a la misión en la sociedad de poscristiandad secularizada

El título quedó largo sin duda pero el espíritu misionero que caracterizó a Jacinto es parte de la esencia de la Iglesia. La Iglesia existe para evangelizar nos decía Pablo VI y nos lo ha recordado Francisco en *Evangelii Gaudium*. Para eso existimos, no para quedarnos mirando el ombligo y enredarnos en las dificul-

tades internas sino para abrir el corazón y anunciar a tiempo y a destiempo a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida.

Don Jacinto se encontró con una realidad difícil. Un Uruguay que vivía ensangrentado y que sin embargo crecía demográfica y económicamente, llegaban de Europa contingentes de emigrantes que cambiaban significativamente la fisonomía cultural del Uruguay colonial. Al asumir él como vicario apostólico en 1859, había una casi unanimidad católica que permeaba la cultura pero a la que le faltaba, desde hacía mucho tiempo, alimento sustancioso: escaso clero, solo dos congregaciones religiosas femeninas, escasa presencia religiosa masculina, inexistencia de instituciones católicas. En los veinte años de su gobierno pastoral se producen cambios significativos. En 1856 se funda la Gran Logia de la Masonería que tendrá una creciente influencia en el gobierno y en las élites intelectuales, se dará un choque a nivel de ideas y un enfrentamiento del gobierno con la Iglesia del estado que el mismo gobierno estaba llamado a proteger. En 1881, cuando muere Jacinto, la sociedad uruguaya había perdido la unanimidad católica, vastos sectores, los más influyentes, se habían apartado de la Iglesia e incluso la combatían abiertamente en una campaña que fue muy dura hasta la constitución que entró en vigencia en 1919 separando la Iglesia del Estado. Por otra parte, a nivel de la Iglesia universal son los tiempos de Pío IX, del Concilio Vaticano I, del fin de los estados pontificios y de la hostilidad creciente entre la Iglesia y el mundo moderno.

¿Qué hace don Jacinto? En plena adhesión al papa y a su magisterio pero al mismo tiempo como conocedor y baqueano de nuestra realidad va respondiendo a los diversos desafíos. Organiza la Iglesia: forma al clero, trae congregaciones religiosas, funda el seminario, promueve el laicado y la prensa católica. Por otra parte, se relaciona con el gobierno con obediencia a la autoridad legítima pero sin claudicar ante los atropellos de la misma a la libertad de la Iglesia, dice su palabra defendiendo la constitución de la república que establecía a la católica como religión del estado, pero tiene flexibilidad, dialoga, busca acuerdos, *subdito sin servidumbre*.

Esta ola secularizadora, que ciertamente le dolía, como se trasluce en sus cartas pastorales, lo estimula mientras tanto a no perder tiempo en lo que se refiere a defender la fe del pueblo. De ahí sus continuas salidas misioneras, su estar cercano a la gente, su proximidad a los pobres, su defensa de la enseñanza católica. Diríamos hoy, con lenguaje deportivo, que don Jacinto juega o hace jugar en toda la cancha.

Hoy la realidad que vivimos es, como sabemos, muy diversa. A la secularización más que centenaria en nuestra sociedad uruguaya se suma una nueva ola secularizadora que invadió todo occidente y que hace que, sociedades tradicionalmente cristianas, dejen de serlo rápidamente. Podemos decir que a nosotros nos encuentra preparados. No somos ciertamente un dechado de virtudes pero sabemos vivir y convivir en la sociedad laica, plural y democrática de la que somos parte y a la que la Iglesia también ayudó a su modo a forjar. ¿Cuál puede ser nuestra actitud en esta sociedad para continuar siendo fieles a la misión evangelizadora?

6. Sal de la tierra y luz del mundo, no caer en la trampa de la autosecularización

Recibimos el don del Espíritu Santo en este pentecostés, con el impulso de la beatificación de don Jacinto. El mandato de Jesús es claro: «Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda creatura» (Mc 16,15); «Vayan y hagan discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que les he mandado» (Mt 28,19). Se trata de hacer vida entre nosotros este mandato en la realidad de hoy.

La laicidad es un elemento positivo de la sociedad actual cuando la entendemos como ejercicio de la libertad en el marco de la sociedad plural y democrática. Pero ninguna sociedad humana es una abstracción hecha de leyes en el aire. Vivimos en este suelo donde la Iglesia está presente desde hace casi 400 años, la Iglesia ha sido partera de la patria y, sin buscar privilegios ni soñar con una cristiandad ya pasada, estamos sí llamados a ser protagonistas en nuestra sociedad uruguaya, a decir nuestra voz y a ser sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-14), a ser fermento en la masa (cf. Mt 13,33) allí donde nos encontramos, a no ir para atrás ni achicarnos. Hay una responsabilidad de ser hoy portadores del evangelio de la salvación, principio y germen del Reino.

Me animo a subrayar algunos aspectos:

Manifestar claramente nuestra identidad y no caer en la trampa de la autosecularización. «No se enciende una lámpara para meterla debajo de un cajón, sino que se la pone sobre el candelero para que ilumine a todos los que están en la casa» (Mt 5,15). En todos los campos la visibilización de nuestra presencia como clero, vida religiosa o laicos es fundamental. Cada uno de acuerdo a su vocación está llamado a un testimonio que, cuando se hace explícito, con sencillez y coraje, suele atraer el respeto de otros, pero cuando se oculta o calla nos hace irrelevantes y muchas veces es ocasión de que no se nos tome en cuenta.

Respetar que en nuestra Iglesia hay sensibilidades y estilos pastorales diversos. Si esto lo vivimos en fidelidad al evangelio, al magisterio de la Iglesia y en comunión con el obispo, no nos creemos los mejores y terminamos aprendiendo los unos de los otros. Al mismo tiempo es absolutamente necesario, para estar en comunión, secundar las orientaciones e iniciativas pastorales de la diócesis y participar de los organismos de comunión y participación que existen.

Hace años que venimos intentando poner el foco en una *renovada atención a los ambientes populares*, donde nos encontramos más alejados. Han surgido algunas iniciativas y me consta el trabajo pastoral incisivo que muchos realizan en sus comunidades o a través de experiencias particulares, pero algunas otras que hemos intentado (parroquias hermanadas, voluntariado) no han encontrado mayor eco. Es éste un desafío abierto.

Sin duda no se trata primordialmente de lo que hacemos sino de lo que somos y vivimos y, más aún, de *lo que el Espíritu hace en nosotros*. Para ser baqueano, como don Jacinto, se necesita ser un observador y escucha atento de diversos signos que nos ayudan a rumbear. Escuchar los susurros divinos en la realidad que nos habla hoy es nuestra tarea. En el segundo semestre de este año queremos, en la arquidiócesis, hacer una revisión de estos últimos años y renovar las recomendaciones pastorales que nos orienten. El Señor nos habla en los signos de los tiempos leídos a la luz de su Palabra. En la humildad del corazón los podremos descubrir.

7. Jacinto triunfará por María

El día de la beatificación la reliquia insigne de Jacinto, presentada al cardenal legado por una hija y una nieta de la “milagrada”, se colocó junto a una hermosísima imagen de la Virgen Dolorosa que pertenecía a don Jacinto, que estaba en su oratorio privado y que hoy se venera en la iglesia parroquial de San Ignacio en Villa Dolores. Don Jacinto confiaba en María, lo había aprendido en su familia y lo había plasmado en su escudo. Como dice de un modo muy bonito uno de los cantos a don Jacinto que se han escrito en estos meses:

Reina y Madre Celestial
que a tu Hijo diste gloria
y a Jacinto la victoria
Señora de los Dolores.
En su escudo episcopal
quiso sellar tus honores.

A Ella confiamos que sabremos aprender las lecciones de don Jacinto y aprovechar este soplo del Espíritu que ha significado su beatificación. El cielo se ha abierto sobre nosotros y la gracia de Dios nos ha tocado a través de la bendición de nuestro primer obispo, a seguir sus huellas y triunfaremos por María.

Pentecostés, 2023.

Apéndice

Para nuestra memoria agradecida hago un elenco de muchas de las actividades realizadas en torno a la beatificación de don Jacinto y de quienes fueron sus responsables.

- La *recognitio corporis* del 24 de febrero donde ha trabajado el vicepostulador Pbro. Juan González Arasa, junto a varios colaboradores; y la confección de las reliquias, donde ha trabajado el Pbro. Josué Hernández.
- El *Acto Académico* del 16 de marzo en la Facultad de Teología con las ponencias del Dr. Juan José de Arteaga, Dr. Mario Cayota y Mons. Alberto Sanguinetti.
- El *encuentro del clero* del 24 de marzo en casa Vianney.
- La biografía escrita por el P. Gonzalo Abadie *Con los zapatos al cielo* y su presentación en el Club Católico el 12 de abril.
- La *Misión Casa de Todos* del 22 y 23 de abril, precedida por el encuentro de Responsables Laicos.
- La *Mesa Redonda* realizada en la casa Rivera del Museo Histórico Nacional, integrada por el Dr. Julio Ma. Sanguinetti, el Dr. Gabriel González Merlano, la Dra. Carolina Greissing y el arzobispo, el 27 de abril.
- La *Exposición de objetos y pertenencias* de Mons. Jacinto Vera realizada en el espacio cultural del Edificio Artigas; trabajo minucioso de Ramón Cuadra y la directora del espacio Roxana Pallotta.
- La reedición de la *biografía sobre Mons. Vera* de la Dra. Laura Álvarez Goyoaga.
- La publicación *del sello conmemorativo* en la antesala de la cámara de diputados en el Palacio Legislativo con un acto que contó con la participación del vicepresidente y del director nacional del Correo Uruguayo, el viernes 5 de mayo, y con exposiciones de Sylvia Puentes de Oyenard y Ma. Emilia Pérez Santarcieri.
- La *Vigilia de oración* realizada el viernes 5 de mayo en la Iglesia Parroquial del Sagrado Corazón de Jesús (Seminario) preparada por la vicaría de pastoral juvenil y los jóvenes de Stella Maris.
- A esto se le sumaron otras publicaciones:
 - Las Notas Biográficas
 - La historieta *Jacinto*
 - Trípticos, estampas.
 - Las banderas, balconeras y banderines.

- Una estatua de yeso de don Jacinto hecho por las Hnas. Clarisas de San José de Carrasco.
- Por otro lado LEA encaró fuertemente la confección de
 - Medallas
 - Recordatorios diversos
- Se confeccionaron *las estolas*, diseñadas por el Pbro. Ricardo Ramos, preparadas por artesanas de Melo, para sacerdotes y diáconos que se entregaron en la celebración del 6 de mayo.
- Se realizó una *medalla conmemorativa*.

Tras cada una de estas realizaciones hubo mucho trabajo de entrega gratuita, hecho por un gran amor a nuestra Iglesia y de veneración a don Jacinto. Al mismo tiempo se creó el Fondo Jacinto Vera para reunir los recursos necesarios para los gastos que debimos afrontar.

Destaco la tarea del *DECOS Montevideo* y de *LEA* y su personal. Sin duda una mención especial a la Comisión Jacinto Vera integrada por el vicepostulador Pbro. Juan González Arasa, los P.P. Gabriel González Merlano y Pablo Graña, los laicos Dra. Laura Álvarez Goyoaga, Dr. Mario Cayota, Ramón Cuadra, Ma. de Luján Iglesias y Ma. José Pastorino.

Se formó también una Mesa Ejecutiva integrada por el Pbro. Juan González, Ma. José Pastorino, el P. Mathías Soiza y que presidía el arzobispo.

La celebración del 6 de mayo fue cuidadosamente preparada durante mucho tiempo por un equipo coordinado por el P. Mathías Soiza. Trabajaron junto con ellos más de 400 voluntarios. La animación en el estadio Centenario la realizaron dos conocidos comunicadores Ana Durán y Daniel Ketchedjián. En la celebración hubo participación de artistas, actuó el Grupo Texas y el Elenco Sophia, Marcos Agüero, Pancho Ponce de León, y se escucharon las canciones hechas sobre Jacinto de los PP Jorge Martínez sdb, Mauro Fernández, Luis Ferrés y el joven Santiago Soares de Lima. El P. Davi de Miranda fue el eficiente maestro de ceremonias.

Damos gracias a Dios por tantos hermanos y hermanas que se pusieron al servicio, desde tantos lugares y funciones, para dar lugar a tan hermosa celebración y tiempo de gracia.